

que me volvía á buscar á la vuelta. Aunque solo debíamos haber hablado en español, bastaba de vez en cuando interponer una palabra en castellano en la conversacion. Como que el cuarto del oficial se hallaba cerca del Emperador, con la puerta abierta, este oficial estaba supuesto de estar presente. Con placer le dispensamos su ausencia.

La primera cosa que hice fué informar al Emperador de mi éxito con el oficial de que he hecho mencion. El Emperador en una ocasion suplicó midiera su celda, «para tiempos venideros;» por lo tanto haré una descripcion de esta como tambien de lo que le rodeaba.

La parte del convento en la que estábamos presos era un edificio que contenia un patio cuadrangular: por los tres costados de ese patio hay en los dos pisos corredores ó pasadizos con arcos que dan al patio, y los que antiguamente habian estado cubiertos por un enrejado de alambre, pero este se habia ya destruido quedando solo el de arriba. El cuarto costado del patio está separado por medio de una pared del adjunto é igual costado.

El Emperador estaba en el piso alto. Las puertas de las celdas dan y se abren por los corredores de los arcos, lo mismo que las ventanas. La escalera que conduce al piso alto está situada en uno de los rincones. Despues de subir esta hay á mano derecha una celda en la que estaban el capitan y el teniente de la guardia; y en la otra los soldados: frente á esta estaba á mano izquierda la celda del Emperador; junto á esta seguia la de Miramon, y en el rincón á la derecha cerca de la pared divisoria, estaba la celda de Mejía.

A la izquierda de la escalera habia solo dos celdas; la primera estaba ocupada por el mayordomo del Emperador,

Grill, y su camarista mexicano Severo; y la segunda por el Dr. Basch. La prolongada pared de la celda del Dr. Basch, estaba separada de la celda del Emperador por el pasadizo que en esta disposicion formaba una especie de nicho. Ante cada una de las puertas del Emperador y los generales, las que siempre estaban abiertas, habia un centinela.

La celda del Emperador media seis piés de largo por cuatro de ancho. Frente á la ventana abierta habia un catre de campaña; al pié de este una silla, y á la cabecera una mesa. En el diagonal de esta mesa cuadrada habia cuatro candeleros de plata con velas de cera, único artículo de lujo que no podia hacer á un lado el Emperador: ademas de esto habia allí otras chácharas, las que siempre estaban arregladas en un órden conveniente. Una descompostura accidental de este arreglo ofendia la vista del Emperador, y al momento ponía aquello en su lugar. Siempre se encontraba en esa mesa un vaso con agua de azúcar, tapado con una tarjeta, como preservativo contra las muchas moscas que allí habia.

En el otro rincón frente á la puerta estaba una mesa, en la que generalmente escribia. A la derecha de esta y contra la pared angosta habia una caja del Emperador, la que se habia sacado del cuarto de López. En el rincón frente á la cama, y cerca de la ventana, habia un aguamanil. Como el Emperador no se sentia bien, generalmente se quedaba en cama hasta medio dia, y solo se levantaba por unas cuantas horas.

El 28 de Mayo, el proceso del Emperador fué otra vez prorogado, y tuvo lugar un canje tenaz de telégramas entre Escobedo y Juarez. Cuando estaba sentado al lado de

la cama del Emperador, trajo á la memoria que aunque me habia nombrado general y prometídomé una condecoracion, no habia recibido todavía mis diplomas. Aunque su gobierno habia terminado, dijo que tal vez necesitaria esos documentos, y por lo tanto ordenó á Blasio los estendiera con fecha del nombramiento verbal, viz, el 14 de Mayo me nombró gran oficial de la Orden de Guadalupe. Tambien á mi esposa le dió la Orden de San Carlos la que habia sido instituida por la muy escelente Emperatriz Carlota. Dijo que la hubiera nombrado «dama de palacio» de la Emperatriz, pero que esto no era posible, puesto que ese documento tenia que firmarse por la Emperatriz misma. El general Castillo, el coronel Pradillo, el Dr. Basch, y otros tambien fueron condecorados.

Como que esto estaba ya muy incierto, é inesperadamente podiamos separarnos, el Emperador me dijo confiara en su camarista Severo, el que era hombre bueno y de fiar. Como llevaba el almaerzo á mi cuarto, siempre podia ver si habia algun papelito oculto en el pan; pero como que podia ser peligroso si semejante nota cayera en manos del enemigo, me dictó los siguientes números como claves para diferentes personas y cosas.

1, Emperador; 2, Miramon; 3, Mejía; 4, Salm; 5, el oficial del enemigo á quien habia ganado; 6, mi esposa; 7, otro oficial de los liberales; 8, México; 9, Veracruz; 10, Tampico; 11, Matamoros; 12, Tuxpan; 13, Caballos; 14,....; 15, Austria; 16, buque de guerra; 17,....; 18, pequeños botes; 19, mulas; 20, médico; 21, gefes del enemigo; 22, Habana; 23, Nueva Orleans; 24, Washington; 25, gobierno liberal; (26, en blanco); 27, Márquez.

El 29 montó la guardia un oficial al que hasta entonces

no habia visto, y el que era mas severo que los demas. Por lo tanto no podia hablar mucho con el Emperador, pero por otro lado tenia lo bastante que arreglar tocante á nuestra fuga, la que en extremo se dificultó, con la declaracion terminante del Emperador de que no se evadia sin Miramon y Mejía. Por lo tanto tuvieron que darse pasos acorde con esto.

Cuando el oficial de infantería, mi confidente, vino ese dia á visitarme me dijo que nada podia efectuarse sin el oficial de caballería que mandaba la guardia que estaba cerca del cuarto del Emperador, que ya habia hablado á uno, á quien le habia pedido permiso para venir á verme. Aunque me parecia era bastante peligroso el confiar nuestro secreto á tantas personas, el negocio estaba ya hecho, y me alegré de que este oficial de caballería era uno de aquellos con quien ya me habia entendido en cosas de dinero.

A esto envié instrucciones á mi confidente en la ciudad para que me comprara las siguientes é indispensables cosas: seis caballos, seis revolvers y seis sables. Para uso del Emperador mandé comprar de nuevo mi caballo pinto pues éra mas grande que los caballos mexicanos y escelente saltador. Estos caballos y armas debian ocultarse en casas de unas señoras amigas. El oficial de caballería, mi antiguo conocido, estaba bien dispuesto á salvar al Emperador y á mí, mas se dificultó bastante el hacerlo convenir en la fuga de Miramon y de Mejía.

El 30 de Mayo cuando estaba almorzando, encontré en el pan escrita con lápiz la siguiente nota del Emperador «Necesito indispensablemente hilo negro para amarrar, cera para pegar, y si fuere posible un par de anteojos. Es necesario que en el caballo se coloquen dos zarapes, dos

revolvers y un sable. Que no se olvide el pan ó bizcochos, vino blanco y chocolate. Tambien un látigo de montar es necesario.»

El Emperador no queria cortarse su hermosa barba, sino amarrársela por detrás del pescuezo, y ponerse unos anteojos. Dijo que haria un papel muy ridículo sin su barba dado el caso de que de nuevo fuese preso, pues mucho se habia reido al ver al general Casanova, el que se habia quitado sus enormes bigotes para mejor disfrazarse, y á quien apenas habian reconocido sus mas íntimos amigos.

Fuí á ver al Emperador, pero no pude hablarle gran cosa, hasta que el severo oficial fué relevado á medio dia por otro á quien ya conociamos. Como que mi celda estaba en el piso bajo y las del Emperador y los dos generales en el de arriba, tenia que pasar por entre centinelas que habia por ambos lados, y por lo tanto el Emperador suplicó á Escobedo el que se me trasladase al cuarto del doctor Basch, pues necesitaba de mi ayuda para escribir su último testamento.

El Emperador me dijo que López habia tenido el descaro de ofrecerle sus servicios, pero que por supuesto los habia rehusado. El traidor no estaba satisfecho con los liberales, los que solo le habian pagado una pequeña parte de la suma estipulada. El Emperador hablaba de López el traidor, solo con desprecio, pero de Márquez, el calculista y traidor á sangre fria, con indignacion.

Muchas personas obtuvieron de Escobedo el permiso de hablar al Emperador; y cuando regresó mi esposa de San Luis Potosí, por la noche muy triste y fatigada, algunos americanos se encontraban allí. Una de estas visitas describió la escena en un papel y daré su descripcion, puesto

que la de un testigo ocular é indiferente con frecuencia dá una idea mas exacta de una situacion, de lo que es posible dé una de las personas interesadas:

«Se dejó oír un ruido por afuera; la pesada puerta se abrió, y un soldado dijo en voz alta: «¡la señora!» Al momento el príncipe Salm Salm estrechó en sus brazos á la recién venida. Era la mensajera voluntaria, su esposa, la que acababa de llegar de San Luis Potosí de ver á Juárez. Tenia la cara tostada del sol y sucia, los zapatos rotos, todo su cuerpo temblaba con una afeccion nerviosa, cansada por la fatiga al poner las manos sobre los hombros de su esposo. El archiduque con ahinco se adelantó esperando su turno. Se oyó decir al príncipe en voz baja. «Has tenido algun éxito? Qué dice Juárez?»

«Harán lo que han dicho en los despachos. Han concedido la próroga. Y volviéndose á Maximiliano, dijo: Oh! Vuestra Majestad, me alegro tanto!»

«Maximiliano tomó la mano de la princesa y se la besó diciendo: «Dios la bendiga á vd., señora!» y agregó: «ha sido vd. demasiado bondadosa con uno que teme jamás podrá servir á vd.»

La princesa hizo por sonreirse.—No esté V. M. tan seguro de ello. Todavía tendré que solicitar un favor para el príncipe.

—Jamás necesitará vd. pedírmelo, señora, contestó el archiduque conduciendo á un asiento á la princesa.— Parece vd. fatigada: poco podemos ofrecerle. Príncipe, debe, vd. cuidar á su—I—

«Haciendo la cara á un lado Maximiliano se dirigió precipitadamente á la ventana. Fácil era ver el por qué. Contuvo su dolor, pero este casi se podia oír. El príncipe—

con una mano apoyada en el respaldo de la silla de su esposa y con la otra levantada apuntando hacia el archiduque—apenas podía contrarestar su emoción.»

Tiempo era de que cesase la presencia de los intrusos. La visita que ya estaba en la puerta, hizo un saludo desapercibido y se retiró.

El 31 de mayo por la mañana estaba sentado al lado de la cama del Emperador, cuando el perrito «Jimmy» (acordándose tal vez de Tulancingo) se precipitó por la puerta, saltó precisamente sobre la cama del Emperador, y estaba en extremo contento de verme. Una sonrisa alegre bañó el semblante del Emperador, cuando dijo:—Ea, allí viene nuestro ángel de guarda! pues por de contado al incorregible «Jimmy» le seguía su ama.

En el almuerzo había yo recibido por el correo del pan la siguiente nota del Emperador escrita por el Dr. Basch:

«Es preciso que haga vd. que el Cónsul de Hamburgo Bahmsen telegrafe á las Legaciones Inglesa, Italiana, Prusiana, Belga, Española y Austriaca, informándoles de que ha comenzado ya el proceso del Emperador, y que requiere tiempo para arreglar negocios particulares urgentes é importantes, lo mismo que negocios internacionales importantes entre Austria y Bélgica, concernientes á la persona de la Emperatriz.»

A esto se resolvió que la princesa fuera á México, y de allí regresara en compañía del ministro Prusiano, Baron von Magnus, y de un abogado. Para el primero de estos me dictó el Emperador la carta siguiente:

Querétaro, Mayo 31 de 1867.

«Mi querido Baron von Magnus:—Deseo ver á vd. mu-

chísimo, y le suplico se venga vd. aquí tan pronto como le sea posible; consigo traiga á los representantes de Austria y Bélgica, pues tengo que arreglar con estos señores negocios de familia importantes y de carácter internacional. También necesito al coronel Schaffer y al conde Kevenhüeller; tal vez se podrá arreglar enviar á estos señores con el carácter de correos prusianos ó ingleses. Me aguardarán en la Habana Khevenhüeller y Schaffer. Tal vez sería bueno traer al representante inglés.

Suplico á vd. envíe mis cosas á los Srs. Wiel y C^a, Consules de Prusia en la Habana.

Vuestro, afectísimo

(Firmado) MAXIMILIANO.»

Cuando había acabado de escribir esta carta eché de ver la ausencia del «Jimmy.» Adonde estaría? Despues de mucho llamarle condescendió en sacar de la cama del Emperador sus negras narices, á donde á gran horror de mi esposa, estaba durmiendo siesta. El Emperador se rió cuando el libre y sencillo americano que no le importan ni reyes ni Emperadores, se resistía á que se le quitara de allí. El Emperador en esa vez habló de nuestra fuga; y dijo:—«La bandera blanca estaba ya enarbolada, y nosotros rendidos como prisioneros de guerra y como tales reconocidos por Escobedo en el cerro de las Campanas..... Juárez no ha aceptado mis condiciones, y en vez de considerarnos como prisioneros de guerra, se nos trata como traidores; por consiguiente, no tenemos compromiso alguno.»

Se había arreglado el que primero nos dirjiéramos á la Sierra Gorda, de allí á Tuxpan, un lugar en la costa,

de cuyo punto podia llegar el Emperador á Veracruz, el que todavía estaba ocupado por nuestras tropas. Allí se esperaria lograr mejores condiciones de los liberales, especialmente para sus súbditos, que se habian mantenido adictos.

Me dictó el Emperador las siguientes instrucciones, las que ahora copio de mis apuntes.

«A los buques austriacos en Veracruz debe instruírseles con precaucion, con respecto por qué puntos deben andar en curso (esto subrayado!) Durante la noche se harán señales y de dia con banderas. Ademas de esto, mandarán con frecuencia pequeños botes á tierra. Seria bueno ponerse en comunicacion con buques ingleses y españoles.»

Para el Ministro Aguirre que estaba abajo en el mismo cuarto que yo, el Emperador me dió las siguientes instrucciones:

«Carta al Ministro austriaco y belga para que vengan al momento á Querétaro, para tratar con ellos asuntos de familia de un carácter internacional. El Ministro Aguirre tiene que firmar.»

Despues de que habia dejado al Emperador, recibí una visita de mi oficial liberal, quien me dijo que su compañero el oficial de caballería haria la guardia cerca de la escalera el 2 de Junio, y que él mismo mandaria la guardia de infanteria á la entrada del convento. El escape por lo tanto tenia que hacerse durante la noche del 2 al 3 de Junio, pero el oficial de caballería lo habia declarado enteramente imposible si al capitan que con él estaba en el mismo cuarto no se le conquistaba igualmente para la empresa. No habia que detenerse á medio camino. Tuve que hablar al capitan y encontré que era el hombre mas

enérgico de los tres. Aceptó mis condiciones, y ofreció llevar consigo una escolta de veinticinco hombres, lo que nos venia muy bien. Dado el caso en que perdiera la vida en la empresa debian pagarse cinco mil pesos al instante á su familia. Que si nos alcanzasen nos harian pedazos, estaba él bien seguro.

Al dia siguiente el Emperador escribió la siguiente letra de cambio, la que todavía existe en mi poder:

«Querétaro Junio 1º de 1867.

La casa de banco.....en.....tiene que pagar al momento á la familia del capitan....., dado el caso en que este muera, la suma de cinco mil pesos (\$5,000.)

(Firmado) MAXIMILIANO.»

Despues de esto me dijo el Emperador que escribiera lo siguiente:

«Obtener un buen guia para ir á la Sierra Gorda; comprar unas linternas secretas; envenenar á los caballos de la caballería, ó inutilizarlos; no olvidar utensilios para escribir.»

Como que la guarnicion que se habia quedado en Querétaro no era numerosa, no era necesario inutilizar muchos caballos, ó matarlos con el objeto de imposibilitar el que se nos persiguiera.

Cuando el 1º de Junio pasé á ver al Emperador á cosa de mediodia, y hablamos largo tocante á la fuga, se trató sobre si se deberia imponer al Dr. Basch del proyecto. El Emperador estaba en contra, y dijo:—«El Dr. Basch es una alma fiel, pero temo que nos entregaria á consecuencia de su manera nerviosa. Mas como sin embargo podia llegar á saber que algo se preparaba, seria mejor decirle que yo me

estaba disponiendo pues probablemente me iria á San Luis Potosí, y que á vd. solo le permitirian fuera conmigo. Para hacer aparecer esto mas probable, que le dé á vd. algunas receta para mí que bajo cualesquier circunstancia siempre he de necesitar.»

Igualmente observó que cuando estaba de buenas tenia en su derredor muchas personas que se esforzaban en hacer lo mejor para tenerlo contento, y dijo: Siento, Salm, que vd. solo tiene que participar de lo amargo conmigo, pero espero en Dios que vendrán mejores tiempos.»

Al discutir la dificultad ocasionada por la posicion de nuestras celdas en diversos pisos, y la posibilidad de nuestra separacion, convenimos en lo que en ese caso haríamos, é igualmente, si solo lo lográsemos uno de nosotros. Yo dije: —Que ciertamente me entregaria de nuevo dado el caso que el Emperador fuese aprehendido ó impedido de escaparse; mas él me contestó:—«No, de ningun modo quiero que haga vd. eso, mando á vd. terminantemente se vaya.» Al interrogarle que en semejante caso adónde querria que me fuera, me ordenó me dirigiera abordo del buque austriaco «Elizabeth,» que estaba en el puerto de Veracruz, y me dió para su capitán la carta siguiente:

«Querétaro, Junio 1º de 1867.

Querido capitán von Groellév.—Con la presente mando á vd. á mi general y ayudante de campo el Príncipe Salm, ahora gefe de mi casa; recomendádoselo encarecidamente. Llévelo vd. á bordo de su buque con el objeto de que allí me espere, ó mis instrucciones.

Vuestro afectísimo,

[Firmado] MAXIMILIANO.»

La salida de mi esposa para México se habia retardado, pues no habia medio de trasporte; y de ello me alegraba pues mi confidente el oficial me dijo que todo estaba ya dispuesto para la fuga. El y sus dos socios montaron la guardia el 2 de Junio al medio día para quedarse allí por cuarenta y ocho horas. A la una ví al Emperador y se resolvió efectuar definitivamente la fuga esa misma noche.

Todo iba tan bien como podia desearse. La única persona que habia que temer era el coronel Palacios. A consecuencia de su apariencia feroz, la que se aumentaba mas por la razon de estar bizco, el Emperador que le gustaba poner sobrenombres á la gente, le llamaba la «hiena.» Sin embargo, no era tan feroz como parecia, y estaba ausente pues tenia su alojamiento en uno de los patios del convento, que estaba muy lejos del nuestro. La guardia mandada por nuestros tres oficiales eran las únicas personas que habia en el convento, y el soldado mexicano no piensa, sino solo hace lo que se le manda. En la ciudad habia pocos soldados, y cortas patrullas andaban por las calles y eso solo hasta las once de la noche. Como que todos estábamos armados, y con nosotros llevábamos veinticinco hombres, un encuentro casual no era peligroso. No habia avanzadas fuera de la ciudad, y ningunas tropas entre esta y la Sierra Gorda.

Cuando me estaba paseando por el corredor fumando un puro, me hizo una seña Miramon. Buscando una oportunidad dejé caer mi puro cuando habia aproximádole. Con política me ofreció su caja de cerillos, y al abrirla entre los pocos fósforos que allí habia descubrí un papelito. Encendí el puro y despues le devolví la caja, pero segun política mexicana rehusó recibirla, y al instante me la eché en la

bolsa delante del centinela, el que se encontraba á una vara de distancia de nosotros. Cuando la oportunidad se me presentó, leí el siguiente apunte:

«Mis caballos han sido tomados ayer, de consiguiente no tengo, en cuanto á las pistolas están conmigo. Quisiera saber la manera como N. tiene arreglado esto, porque temo mucho si no una traicion, sí una mala direccion, que pueda costarme la vida aminado! (sic), escribámelo N. al momento.—Vuestro amigo.

M. M.»

Ese mismo dia tuvo Miramon el melancólico placer de ver á su mujer, la que habia llegado de México con su chiquito de dos meses.

A la una de la tarde llegó un despacho telegráfico anunciando que el Baron Magnus y los mejores abogados de México, Martinez de la Torre y Riva Palacio, el padre del general, habian salido para Querétaro.

A cosa de las cinco me mandó buscar el Emperador y me dijo que por el momento no era necesario el viaje de mi esposa y que no se fugaria esa noche.

Si á mis piés hubiera caido un rayo no podia haberme quedado mas espantado, pues oportunidad mas favorable que esta para la fuga jamas podia presentarse de nuevo. Imploré al Emperador casi de rodillas no pospusiera el escape, especialmente cuando las razones que para ello esponia eran de tan poca cuenta.—“Qué dirian de mí los ministros á quienes he invitado á venir acá” exclamó S. M.—“si llegaran y no me encontraran!” De corazon se alegrarian de ver á vd. en cualquiera otro lugar” contesté. Mas el Emperador se mantuvo firme y trató de calmar mis

de
Era
ayo
te-

a la
nar
nsa,
nas
che,
se

que
, en
abia
lad,
es-
mi-
hu-
nge-
lo y

Mr.
este
is.
uar-
ama-
por
más
n de
este

CAPITULO ALFONSO

Quetzaco 13 de Junio de 1867

Las dos libranzas à diez mil pesos
que firmé hoy para los Coronels
Palacios y Villanueva y que deben ser
pagadas por la Casa y familia Imperial
de Austria en Viena, no son validas
que el dia de mi completa salvacion
devida à los subencionados Coronels

Mani mi liano

bolsa
ra de
prese
«M
tengo
ber la
much
da co
ment

Es
ver á
quito

A l
ciando
Méxic
genera

A c
me di
mi esp

Si á
queda
que es
Implor
escape
ponia
ministra
—“si
grariar
Mas el

os

dar

Superior

validas

uacion

eles

temores por su vida, diciéndome: «No han de estar tan de prisa, y unos dias mas ó menos no harán diferencia.» Era casi la misma contestacion que la noche del 14 de Mayo me dió. Sin embargo no es él el único príncipe que ha tenido que lamentarse de un «ya es muy tarde!»

Cuando habia comunicado á los oficiales de la guardia la resolucion del Emperador, tuve el mayor trabajo en calmar los, pues no solo temian perder la prometida recompensa, sino igualmente el ser descubiertos. Demasiadas personas sabian del plan, y si no se llevaba á cabo esa misma noche, indudablemente se revelaria; hasta ese momento nada se sabia, y el éxito era casi seguro.

De nuevo ví al Emperador, pero todavía insistia en que se difiriera la fuga hasta la llegada del Baron Magnus, en quien tenia gran confianza, puesto que él mismo le habia asistido en todo tan enérgicamente y con tanta fidelidad, mientras que esos representantes, de quien podia haber esperado ayuda con mayor derecho, se habian manejado miserablemente y casi de una manera hostil. Si estos no hubieran trabajado tanto para inducir á las tropas extranjeras á que abandonasen el país, podian haberse quedado y prestado muy buenos servicios.

Se lamentaba muchísimo de que el ministro inglés, Mr. Scarlett se habia ido de México, pues bien sabia que este hubiera secundado los esfuerzos del Baron von Magnus.

El dia 3 de Junio me hallaba con la princesa en el cuarto del Emperador. Cuando estaba solo conmigo me llamaba generalmente por mi nombre cristiano, pero siempre, por el que no era, diciéndome Felipe, en vez de Félix. Jamás me atreví á corregirlo, pero mi esposa sí. Hago mencion de esta circunstancia, puesto que el Emperador usó de este

nombre (Felipe) en un documento oficial, y me costó algun trabajo probar que yo era la persona en cuestion y no otra. El Emperador nos regaló á cada uno de nosotros su fotografía, y abajo escribió su nombre.

El 4 de Junio se levantó el Emperador mas temprano de lo de costumbre, pues esperaba á los ministros estrangeros, que sin embargo le chasquearon ese dia. Para matar el tiempo arregló un partido de dominó en el nicho que formaba un pasadizo que daba frente á su celda, y Mejía, Miramon y yo tomamos parte en él. En ese dia el Emperador se hallaba de muy buen humor, le esplicó el juego á Mejía, el que parecia cansar á Miramon, quien me miraba con sonrisa de resignacion. A cosa de medio dia llegó el por tanto tiempo deseado permiso de Escobedo, para que me trasladara á la celda que hasta entonces solo habia estado ocupada por el doctor Basch.

En la noche, por largo tiempo estuve sentado al lado de la cama del Emperador, el que entonces estaba sumamente triste y melancólico. Puso su mano sobre la mia, y me hizo el confidente de sus penas tocante á su persona y familia. No me es dado publicar lo que me contó, y me limitaré á decir que habló de la Emperatriz su consorte, con el mas grande amor, de la Archiduquesa Sofía su madre, y de su hermano el Archiduque Carlos Luis. Se espresó con algun rencor tocante al acto de renuncia de familia que se le indujo á firmar al aceptar la corona Imperial de México.

El 5 de Junio por la mañana temprano recibí una visita de mi confidente el oficial de infantería, el que me dijo temia que sus gefes superiores hubieran oido algo referente á su plan. Si este era el caso, nadie mas que él era culpable. El y sus camaradas no podian abstenerse de enseñar el oro que

habian recibido de mí, dando de esta manera lugar al celo y la sospecha entre sus compañeros de armas que eran mas pobres que ellos. El general Escobar que estaba en la celda contigua á la mia, ya me habia prevenido una vez para que tuviera mas cuidado al dar dinero á los oficiales liberales, pues habia oido el chasquido del dinero en mi celda.

Presumo que los oficiales al ver que se sospechaba de ellos y para evitar peores consecuencias, divulgaron todo el negocio á sus gefes superiores, presentando el caso solo como un medio para hacerse de dinero, y para averiguar las intenciones de los prisioneros.

Igualmente oí decir que se acusaba á la señora Miramon de haber originado sospechas á causa de su charla, aunque no sé hasta qué punto habia fundamento en ello. Sin embargo no tuve que aguardar por mucho tiempo los resultados.

Cuando regresé á mi celda dejando al Emperador solo con su médico, un general liberal, creo que su nombre era Paz, entró, y hablándome de una manera brutal dijo: "Ha tratado vd. de efectuar la fuga de Maximiliano. Si acaso repite vd. esto se le fusilará en el acto."

Desde que el Emperador habia rehusado el aprovechar los medios que yo habia preparado para su escape, poco me importaba ninguna cosa, y mucho menos las consecuencias que el descubrimiento del plan podrian ser con respecto á mí. Incómodo con el tono del general, le contesté de la misma manera: "Y si me hubiera manejado como vd. dice, acaso hubiera hecho mas de lo que era mi deber? Vd., presumo, hubiera hecho otro tanto si tuviera sentimientos de honor y amor á su gefe. No es esta la primera vez que he

espuesto mi vida por mi Emperador, y estoy dispuesto á esponerla otra vez para salvarle.”

—Ya lo sabemos, me contestó el general.—Escobedo me ha dicho ya que vd. es el hombre á propósito para llevarlo á cabo. Por lo tanto se le llevará á un lugar adonde esto no sea posible; y echándome miradas amenazadoras salió de la celda.

—No puede vd. hacer otra cosa mas que fusilarme, le grité al salirse; pero hoy nos toca á nosotros nuestro turno; mañana será el de ustedes; esa es la costumbre mexicana.

Cuando el general me libertó de su compañía, me avergoncé de haberme dejado llevar de mi cólera, y me fuí á visitar al Emperador, para tomar de él un ejemplo de la serena dignidad con que cargaba su cruz.

Pronto se me presentó un oficial con orden para que me fuera con él.

No tenia éste inconveniente en que me despidiera del Emperador. Al verle no podia yo articular palabra. Me tendió su mano la que llené de besos. Sentia como que tal vez no me seria dado ver, mas ese rostro tan querido. En el umbral de la puerta de nuevo me volví á verle. Dos lágrimas silenciosas corrian por las mejillas del augusto mártir. Eso era demasiado. Mi corazon se hacia pedazos. Eché á correr á mi cuarto, y allí dí libre curso á mi dolor; con fuertes sollozos.

Sin embargo, pronto me recuperé, y me puse á las órdenes del oficial, indiferente aun si me conducia al lugar de la ejecucion. Me llevó no obstante, abajo, á la celda de los demas generales, los que con gran sorpresa mia, encontré listos para salir. Temeroso Escobedo de que se hicieran mas

esfuerzos para escaparse, habia dado órdenes de que todos los prisioneros, con escepcion del Emperador, Miramon y Mejía, se removieran del convento.

Rodeados por una escolta en extremo numerosa, mandada por el coronel Palacios, tuvimos que andar por las calles despacio con un sol ardiente, hasta el Casino, lugar adonde se hallaban confinados todos los oficiales de campaña: mientras que los oficiales subalternos se habian quedado en el convento de santa Teresita. Se nos condujo á un enorme salon: el mismo donde el Emperador habia tenido una recepcion inmediatamente despues de su llegada. Un guardia nos separó del resto de los prisioneros. El arriba mencionado general se adelantó, y nos favoreció con un discurso, en el que dijo sentia verse obligado á usar de mas rigor del que hasta entonces habia observado á causa de eventos que habian ocurrido en esos últimos dias; y al decir esto me miró de un modo significativo.

Con gran disgusto suyo, el doctor Basch se habia visto obligado á hacer esta marcha forzada con nosotros. Se paseaba por el gran salon, en silenciosa cólera, mas al fin se acostó sobre de una mesa para poder olvidar durmiendo. Sin embargo, despues de una siesta que duró una hora, fué despertado y de nuevo enviado al Emperador.

Las medidas severas que nos anunció el general, pronto se manifestaron. Las guardias se triplicaron; á nuestros criados no se les permitia la entrada; el vino fué prohibido, y hasta los tenedores y cuchillos nos quitaron. Probablemente temia el general que atacásemos á su valiente guardia con los tenedores, y de esa manera evadirnos.

Me causó bastante diversion ver á catorce generales y otros tantos coroneles comer la carne con los dedos en vez

de cuchillos; pero estos señores no veian el chiste del negocio, se incomodaron conmigo, y me suplicaron renunciara á todos los designios de fuga; los que solo servian para hacer su posicion mas desagradable.

El general Escobar, que lo mismo que Castillo, llegó á ser mas tarde mi mejor amigo, se espresó en términos los mas suertes. Yo igualmente me incomodé, y el resultado fué que habia de tener lugar un desafio con pistolas, el que se efectuaría el primer dia despues de que se nos libertara.

Se me olvidó hacer mencion de que el Baron Magnus acompañado de su canciller, Mr. Eduardo Scholler; los dos abogados y el secretario de la Legacion de Bélgica, habian llegado á cosa de medio dia. Tuve mucho gusto de ver al Baron algunos momentos con el Emperador. Me habia hecho muchos servicios y habia estado bastante en su compañía. Me reanimé en sumo grado al considerar que estaba cerca del Emperador, el que ahora no me echaria tanto de menos.

El Emperador reconoció mis esfuezos para servirle de la manera mas lisongera, diciendo en mi presencia al Baron Magnus: «El príncipe se ha batido como un leon, y ha probado ser el mejor amigo en la desgracia.» No debia yo hacer mencion de esto; mas como que estas palabras de mi Emperador las tomo como la mas querida recompensa por mi adhesion á su persona, correré el riesgo de que se me tenga por vanidoso.

El 6 de Junio, al fin llegó el encargado de negocios de Austria, Baron von Lago en compañía de su secretario, el caballero Schmidt de Tavera, y el ministro de Italia, Curtopassi.

Para economizar tropa, y no por causa de la humanidad,

en ese dia nos quitaron la guardia que nos tenia separados del resto de los oficiales de campaña. Por lo tanto tuve el placer de ver á mis amigos los tenientes coroneles Pitner y Conde Patcha, al comandante Malburg, é igualmente al mayor von Goerbitz. Estos cuatro caballeros vivian en el mismo cuarto, y celebramos nuestro encuentro con una gran jarra de ponche de cognac, que conseguimos mediante dinero que dimos á las mugeres de los soldados, é igualmente jugamos una partida de whist.

El 7 de Junio se nos echó otro discurso por un coronel del estado mayor de Escobedo, previniéndonos que nos abstuviéramos de toda intriga para evadirnos, y amenazándonos con que al instante que se nos descubriese, seriamos fusilados. Estas buenas gentes siempre nos temian, y no sin justísima razon, pues teniamos las simpatías de la mayor parte de los habitantes de Querétaro.